



Y los muertos se azarán
Y los vivos se unirán
Que comience la batalla

EL

APOCALIPSIS DE LOS MUERTOS

Joe McKinney

Y los muertos se alzarán... Dos años de infierno. Ése es el tiempo que ha pasado desde que el huracán inundara la Costa del Golfo y los muertos se levantaran de entre las ruinas. Las ciudades fueron puestas en cuarentena y los infectados, recluidos. Los pocos y desafortunados supervivientes, que en ella quedaron fueron abandonados a su suerte para que se las arreglaran por sí mismos. *Un festín para los muertos.*

RECONOCIMIENTOS

Antes de emprender juntos el largo paseo que os propongo por este erial, quiero tomarme el tiempo de dar las gracias a unas cuantas personas que, en realidad, se merecen mucho más que la mera mención que de ellas voy a hacer ahora. Ningún libro puede considerarse un viaje en solitario, y el mío no ha sido la excepción. Todos estos queridos amigos han estado a mi lado desde que me embarqué en esta aventura y hasta el último día.

Jacob Kier, David Snell, Arthur Casas, Jim Donovan, Gary Goldstein, Lisa Morton, David Wellington, Brian Keene, Kevin Luzius, Amy Grech, Bruce Boston, Marge Simon, Mitchell Whittington, Michelle McCrary, Tobey Crockett, Mark Onspaugh, Mark Kolodziejcki, Michael McCarty, Lee Thomas, Charlie Delgado, Michael Starnes, Adam Zeldes, Donald Strader, Gabrielle Faust, Shawn y Grady Hartman, Joe y Jennifer McKinney, Alexander Devora, Tiffany y Clark McKinney, Thomas McAuley, Becki Ugolini, Caren Creech, Joel Sutherland, Harry Shannon, Kim Paffenroth, Matt Stagg, Angie Hawkes, Chris Fulbright, Greg Lamberson, Corey Mitchell, Michelle McKee, Ray Castillo, A. Lee Martínez, John Picacio, Sanford Allen, Matt Louis, Norman Rubenstein, Richard Dean Starr, Michelle Mondo, David Pruitt, Steven Wedel, John Joseph Adams, Nate Kenyon, Bev Vincent, Brian Freeman, Louise Bohmer, Weston Ochse, Judy Comeau, Graeme Flory, Fran Fiel y Gene O'Neill.

Y, como siempre, a mi adorada esposa, Kristina, y a mis hijas, Elena y Brenna, que hacen que esta vida merezca la pena ser vivida.

CAPÍTULO 1

A sus pies, entre las ruinas, había bajado la marea. Las aguas de la bahía de Galveston se habían retirado, dejando los escombros de las refinerías y el camping para caravanas del sur de Houston hundidos hasta la cintura en líquido negro. Volando a ochocientos pies de altura sobre toda aquella destrucción en un Schweizer 300 y con el golpeteo de los rotores del helicóptero atronando sus oídos, Michael Barnes escrutaba entre los inundados cascotes buscando algún rastro de movimiento. El Schweizer era un poco más que un par de tumbonas atadas a un motor, pero la amplia burbuja de su cabina de mando ofrecía una visión sin obstáculos de lo que en tiempos había sido una nutrida colección de buques cisterna, muelles, refinerías, y pantanos tributarios; la zona más prolífica de América en cuanto a la industria del petróleo y el gas domésticos, antes de que el huracán Mardell arrancara a tiras la piel de la ciudad. Ahora, la porción del mundo que flotaba bajo el aparato de Michael Barnes se veía reducida a poco más que una vieja y destartalada chatarrería.

Mientras se deslizaba sobre la ciudad anegada, Barnes recordaba cómo había quedado la zona después de la tormenta; todos aquellos cuerpos flotando por las calles, tumefactos y tostándose al sol. Ante sus ojos volvían a aparecer los fuegos químicos de las refinerías del sur de Houston

y casi veía de nuevo cómo el cielo se tornaba de un color rojo furioso, como había ocurrido aquella vez. Una capa de inmundicia química verde e iridiscente cubría entonces las aguas de la riada, haciendo que resplandeciesen como si estuvieran vivas. Aquella mezcla de carne en putrefacción y productos químicos solía producir tal hedor que incluso ahora tenía el poder de hacer que la bilis le llegase a la garganta al evocarlo.

Lo que él no sabía, lo que en realidad nadie sabía aún en aquel momento, era la terrible alquimia que se estaba gestando bajo esas aguas donde un nuevo virus tomaba forma, un virus capaz de transmutar a los hombres en algo casi exánime, a caballo entre la vida y la muerte.

Antes de la tormenta, Barnes había sido piloto de helicóptero para el Departamento de Policía de Houston. En aquella época y a causa de los embates de la meteorología, le habían reasignado temporalmente al este de la ciudad, a la zona más cercana al parque de Galena, donde las inundaciones estacionales tradicionalmente solían golpear con más fuerza. La mañana después del huracán se había subido a una pequeña barca de pesca con cuatro oficiales más para comenzar la búsqueda de supervivientes.

A cualquier parte que mirara veía que la gente se movía y actuaba como si de pronto les hubiesen transportado a la luna. Sus ropas estaban hechas jirones, sus rostros demudados por el cansancio y la confusión. Barnes y sus hombres no fueron capaces de reconocer a los primeros zombis que se encontraron por las calles, porque en realidad tenían el mismo aspecto que todos los demás supervivientes. Allí todos se movían como borrachos, vadeaban las aguas repletas de basura y se acercaban a trompicones a las lanchas de rescate con las manos extendidas, como si rogasen que les subiesen a bordo.

Luego, la urbe se convirtió en un matadero. Policías, bomberos, la Guardia Nacional y los voluntarios de la Cruz Roja llegaron con intención de salvar vidas, pero terminaron

convertidos en monstruos que extendían la infección a lo largo y ancho de la ciudad. Barnes se podía considerar afortunado por haber escapado de aquel caos. Cuando los militares aislaron la costa del Golfo dejaron a cientos de miles de personas sanas atrapadas dentro de los muros con los enfermos. Él, en cambio, había logrado salvar la vida y la libertad, mientras casi dos millones de personas no lo habían conseguido.

Además, con el resto de América cayendo en picado en una imparable crisis económica tras la quiebra de sus industrias del petróleo, del gas y de los productos químicos, se podía dar con un canto en los dientes por haber obtenido un trabajo en la recientemente formada Patrulla de Cuarentena, una sección del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos a la que habían asignado la protección del muro que separaba a los infectados del resto del mundo.

Sin embargo, todo aquello había ocurrido hacía ya dos años. Le parecía que era otra vida.

Hoy su trabajo consistía en efectuar un vuelo rutinario con la Guardia Costera. Temprano por la mañana, un avión de vigilancia había detectado un pequeño grupo de supervivientes, a los que los políticos de Washington habían dado en llamar víctimas civiles no incorporadas y los pilotos de la Patrulla de Cuarentena simplemente «vecinos», afánándose en liberar un barco camaronero enredado en una maraña de cables, redes y profusa vegetación. La mayor parte de las embarcaciones que habían quedado en el canal navegable del Houston estaban medio hundidas y destrozadas; y las que no, también carecían de toda esperanza, ya destrozadas, ya que se encontraban atascadas obstinadamente entre la mugre y la basura. No existía posibilidad alguna de que un puñado de vecinos consiguiera liberar una nave de aquella espesura e hicieran carrera de ella. Además, aunque pudieran, jamás conseguirían superar el bloqueo de los guardacostas que les esperaban apostados

en aguas poco profundas. Los acribillarían a tiros y llevarían a tierra antes de que fuesen capaces siquiera de perder de vista la costa. La misión de la Patrulla de Cuarentena era asegurarse de que nadie escapase de la zona, y por eso habían recibido órdenes estrictas, como tantas veces antes, de movilizar y neutralizar cualquier objetivo que lo intentase.

Ahora, acompañado de otros tres pilotos de su equipo, Barnes volaba lentamente hacia el sur sobre el canal navegable del río. Una vez allí, se encontrarían con los chicos del Escuadrón Táctico de Helicópteros de Intercepción de la Guardia Costera, conocidos como los HITRON, y actuaría como observadores de artillería mientras los otros se ocupaban de cualquier superviviente que tratase de escapar al Golfo de México.

—Dios mío, ¿pero tú los ves? —preguntó Ernie Faulks, uno de los pilotos de la Patrulla de Cuarentena, situado a la derecha de Barnes.

Años antes, Faulks se había ganado la vida realizando traslados por aire entre tierra firme y las plataformas petrolíferas situadas mar adentro. Era un paleta incorregible, pero funcionaba bien bajo presión, especialmente cuando tocaba volar con mal tiempo.

Barnes levantó la vista de las ruinas que tenía bajo sus pies y vio una hilera de siete helicópteros de la Guardia Costera, naranjas y blancos, que se aproximaban a su posición. Incluso a aquella distancia era capaz de distinguir las siluetas de los Jayhawks HH-60 y los Dolphins HH-65.

—¿Sabes lo que son esos nenes? —Inquirió Paul Hartle, un antiguo piloto del Departamento de Policía de Houston, y el flanco preferido de Barnes—. Ni más ni menos que los carros de los dioses, amigo mío. Nunca se ha construido otro helicóptero que esté a la altura de esos juguetitos.

—Me encantaría volar en uno de esos cacharros —confesó Faulks—. Me juego algo a que son más ligeros que tu hermana, Hartle. Y mucho más bonitos.

—Que te jodan, Faulks.

Ernie le tiró un puñado de besos.

—Muy bien, chicos, vale ya de cháchara —les recriminó Barnes.

Técnicamente, se suponía que tenía que echar una buena reprimenda a los chicos cuando usaban ese tipo de lenguaje por la radio, pero lo dejó pasar. Unas cuantas bromas amistosas siempre resultaban positivas para la moral del equipo. Además, como pilotos, Barnes y los otros eran considerados los elementos punteros de la Patrulla de Cuarentena. Se les aplicaban estándares diferentes, tenían privilegios especiales y eran admirados por sus inferiores. En su trabajo, tenían que dar más de sí, correr riesgos mayores. Por eso era por lo que a todos ellos les encantaba volar, por lo que siempre permanecían al pie del cañón.

Pero como en todas las profesiones, también entre ellos existía una jerarquía, y mientras que Barnes y sus compañeros de la sección aérea de la Patrulla estaban bien agarrados a los peldaños superiores de la escala del poder, aún por encima de ellos se encontraban los chicos del Escuadrón HITRON de la Guardia Costera. Originalmente creado para detener a los narcotraficantes que intentaban escapar en sus lanchas por la costa de Florida, el Escuadrón cumplía ahora la doble misión de patrullar también la zona litoral del área de cuarentena. Llevaban los mejores helicópteros del ejército, y su artillería estaba lo suficientemente pertrechada como para reducir cualquier objetivo que hubiese sobre el agua a poco más que un montón de astillas y carnada. Los pilotos de la Patrulla de Cuarentena los veneraban también, querían ser como aquellos tipos cuando fueran mayores. De hecho, habían sido ellos mismos quienes habían empezado a llamarse con el sobrenombre de Escuadrón H.

—Papá Oso llamando a Cuarto Cuatro-Uno.

Cuarto Cuatro-Uno eran las siglas que utilizaban por la emisora para referirse a Barnes. Papá Oso era el Capitán

Frank Hays, que volaba en círculos sobre sus cabezas a bordo del P-3 Orión.

—Cuarto Cuatro-Uno, adelante, señor.

—Quiero darle la bienvenida a usted y sus hombres al espectáculo, oficial Barnes. Ahora, todos los efectivos dispónganse para Susie, Susie, Susie.

—Mamá Oso Seis-Uno, dispuesto para Susie.

Barnes se quedó observando la hilera de helicópteros naranjas y blancos hasta que distinguió uno en el extremo derecho que bajaba los rotores hacia un lado. Aquel era Mamá Osa, el Teniente Comandante Wayne Evans, oficial superior del Escuadrón y mariscal de campo de aquella misión. Una vez iniciado el vuelo de reconocimiento, él sería quien comunicase a cada uno de los aparatos con el P-3 Orión de Papá Oso. Barnes ya había trabajado con Evans antes y sabía que aquel hombre tenía un talento especial para mantener los nervios templados y el tono de voz impenetrable cuando las cosas se ponían complicadas.

—Aquí Echo Cuatro-Tres, dispuesto para Susie.

—Delta Uno-Seis, dispuesto para Susie.

—Aquí Bravo Dos-Cinco, dispuesto para Susie.

La retahíla continuó hasta que todos los helicópteros de la Guardia Costera hubieron respondido, cada uno con sus siglas de reconocimiento y la palabra en clave «Susie», que era la señal para que comenzase el barrido.

Cuando terminaron, Mamá Oso dijo:

—Cuarto Cuatro-Uno, usted y sus hombres desciendan hasta trescientos pies y examinen los cuadrantes situados al norte de aquí. Avisen si detectan vecinos.

—Sí, señor —respondió Barnes.

Dio a su equipo la instrucción de que perdiesen altitud y se dispersasen por el área. Habían hecho aquello mismo muchas veces antes, y todos conocían bien la rutina, como también sabían que la orden de avisar si avistaban vecinos resultaba inútil. Los chicos de la HITRON contaban con los mejores sistemas de detección por calor existentes, sus cá-

maras localizarían cualquier cuerpo que hubiera estado allí mucho antes que Barnes o sus pilotos. Lo que se esperaba de ellos, en realidad, era que determinasen si los objetivos eran zombis o vecinos. El Escuadrón sólo entraría en acción si encontraban personas vivas.

Sin embargo, distinguirlos bajo las circunstancias en las que se encontraban no resultaría sencillo. Apenas les quedaban treinta minutos de luz diaria efectiva, y las sombras que se extendían ya sobre las ruinas conferían a todo, y más desde los trescientos pies a los que estaban, un tinte gris monocromático.

Barnes reconoció las siluetas fantasmales de Sheldon Road bajo el agua. La calle aparecía salpicada en toda su extensión de camiones cisterna y furgonetas que, hasta con marea baja, se encontraban a sus buenos dos metros bajo la superficie. Miró al este, hacia donde se situaba una larga hilera de almacenes con tejados de metal, que relucían con el brillo rojo y bronce del atardecer. Había sobrevolado aquella zona miles de veces y sabía perfectamente que a esas horas las aguas allí apenas alcanzaban una profundidad de un metro por la parte posterior de los edificios. Si iban a encontrar vecinos, estaba seguro de que sería precisamente en aquel lugar.

Momentos después, sus instintos probaron estar en lo cierto. Unos cuantos botes, algunas grúas e incluso varios buques cisterna aún más grandes fueron arrastrados por la corriente a lo largo del desbordado pantano que había sido en tiempos una parcela destinada a aparcar caravanas. Por entre los escombros y las marañas de hierbas de la ciénaga distinguió un gran número de personas que se abrían paso hacia tres barcos camaroneros de tamaño medio que les esperaban junto a la orilla. Uno de ellos tenía incluso el motor en marcha. Barnes hasta pudo divisar nubes de humo negro que se elevaban desde debajo de la línea de flotación enturbiando el agua.

Varias caras se giraron hacia él al detectar el movimiento de su helicóptero en el cielo. Al piloto le pareció ser capaz de percibir la desesperación en sus expresiones, y apartó de ellos la mirada. Odiaba hacer aquello, pero era necesario.

—Cuarto Cuatro-Uno, tengo vecinos al este de los almacenes.

Se produjo una pausa hasta que Mamá Oso respondió:

—Cuarto Cuatro-Uno, recibido. ¿Está seguro de que se trata de vecinos?

Barnes pudo oír la indignación en la voz del hombre. A pesar de que se encontraban todos en el mismo equipo, los chicos del Escuadrón H sabían que ellos eran las estrellas de aquella misión. Estaba seguro de que el oficial en aquel mismo momento estaba maldiciendo para sus adentros porque un simple piloto de la Patrulla de Cuarentena en un Shweizer POS hubiese detectado a los objetivos antes que ellos.

Barnes disfrutó al responder:

—Claro que estoy seguro, Mamá Oso. Calculo que habrá entre cuarenta y sesenta vecinos. Y parece que se han hecho además con tres barcos.

Se produjo otra pausa. *Debe haber pasado al canal privado para hablar con Papá Oso*, pensó Barnes.

Finalmente Mamá Oso respondió.

—Recibido, Cuarto Cuatro-Uno. Adelante con Gema.

Otra vez, pensó Barnes.

—Eh... Cuarto Cuatro-Uno, no le copio. ¿Ha dicho adelante con Gema?

—Afirmativo.

—Mamá Oso, ¿ha recibido que cuentan con tres barcos camaroneros sobre el agua?

—Afirmativo Cuarto Cuatro-Uno, hemos recibido lo de los tres barcos. Echo Cuatro-Tres y Delta Uno-Seis le seguirán en caso de que necesite ayuda. Ahora, adelante con Gema.

«Gema» era la estrategia más comúnmente empleada por el personal de la Patrulla de Cuarentena cuando detectaban vecinos intentando traspasar el muro. El nombre provenía de los gemidos de zombi que hacían sonar amplificadores por sus sistemas de altavoces en esas ocasiones. Los quejidos alcanzaban tremendas distancias, atrayendo a cualquier infectado que estuviese por la zona. Normalmente, oír aquel sonido era suficiente para hacer que los vecinos corrieran a esconderse.

Pero lo que tenemos aquí no es un puñado de tipos que les tiran piedras a las tropas apostadas sobre el muro, pensó Barnes. Esa gente representa una amenaza real. Tienen barcos en el agua, por el amor de Dios. Estáis subestimando la situación.

Barnes alargó la mano hacia el panel de control situado frente al asiento del pasajero de su helicóptero hasta tocar el botón de encendido del sistema de altavoces. Al instante, el aire se llenó de un lamento grave y amargo, que el hombre sentía resonar en su pecho y su abdomen.

Odiaba escuchar aquel sonido. Cerró los ojos muy fuerte y trató de bloquear las imágenes que le venían a la cabeza. En su mente, montones de cadáveres engalanaban las ramas de los nogales pacanos, la gente gritaba desde áticos inundados, y su hermano Jack era arrastrado bajo el agua por un auténtico nido de zombis en el que habían caído cuando apenas estaban a un par de millas de salvarse. Pero todo era inútil. En ocasiones, esas imágenes tenían demasiada fuerza, eran demasiado vívidas, tanto que cuando abría los ojos, las lágrimas cubrían su rostro.

Barnes ni siquiera llegó a oír los primeros disparos. Escuchó el sonido de un fuerte aporreo, como una roca que cae al agua junto a su oído, y cuando miró por encima del hombro, se dio cuenta de que tenía un agujero de bala en el fuselaje.

Me ha pasado a centímetros de la cabeza, advirtió.

Sintió otro golpe bajo sus pies. Miró hacia allí, y distinguió lo que parecía ser un suave haz de láser entre sus espillitas. La bala había perforado la sección inferior del revestimiento del aparato y había entrado hasta incrustarse en los soportes situados bajo su asiento. La luz del día se colaba por el boquete.

—Cuarto Cuatro-Uno, tenemos a un tirador en tierra.

Barnes reconoció el pánico en su propia voz, pero no fue capaz de luchar contra él.

—Tranquilícese —respondió Mamá Oso.

De abajo llegaron más disparos. Barnes pudo ver al hombre que los realizaba, las ráfagas de luz naranja blanquecina estallaban desde la boca de lo que parecía ser un AK-47.

—Me han alcanzado —comunicó Barnes.

Instintivamente, tiró hacia atrás de la palanca y trató de remontar el vuelo. No pudo ver el Jayhawk de la Guardia Costera que se había colocado en posición por encima de él un poco más atrás, pero sí oyó los coléricos gritos del otro piloto mientras hacía virar su nave a un lado, evitando por muy poco la colisión.

—Por amor de Dios, tenga cuidado, Cuarto Uno-Cuatro —protestó el hombre.

La nuez de Barnes saltaba arriba y abajo en su garganta mientras intentaba recobrar el control de sí mismo. Echó un vistazo al espacio aéreo que le rodeaba y examinó rápidamente el panel de instrumentos. Todo parecía mantenerse estable.

Por el rabillo del ojo, vio el helicóptero de la Guardia Costera rotar a posición sobre los vecinos que había abajo. Distinguió que ya eran varios los que disparaban, mientras que más allá había gente que saltaba al agua y trataba de subir a bordo de los barcos camaroneros.

—Interrumpa Gema, Cuarto Uno-Cuatro —dijo uno de los pilotos del Escuadrón H.

—Recibido —respondió Barnes.

Se echó hacia delante y apagó el sistema de altavoces. Mientras lo hacía, un movimiento captó su atención. Un hombre se estaba arrodillando entre las sombras de los restos de un barco de pesca y la roñosa cabina de pilotaje de un remolcador. Cargaba sobre su hombro un largo y famélico tubo de metal, y parecía estar apuntándolo al helicóptero que se encontraba a la derecha de su Schweizer.

Reconoció inmediatamente que se trataba de un RPG y pensó, *¿de dónde demonios habrán sacado los vecinos un lanzagranadas de esos? No es posible, ¿o sí?*

Se echó hacia delante y apagó los altavoces. Miró a su derecha y vio que el Jayhawk había rotado apartándose de los tiradores, para que los artilleros apuntasen a los objetivos con sus ametralladoras del calibre 7.62 mm.

—Ese tipo tiene un RPG —se oyó decir a sí mismo—. Cuidado, Delta Uno-Seis. Ese tipo tiene un RPG. Abandone la zona. Repito, abandone la zona.

—¿Dónde? —Preguntó el otro piloto—. ¿Dónde? ¿Junto a qué se encuentra?

—Justo ahí —gritó inútilmente Barnes.

Señalaba al hombre, incapaz de encontrar las palabras que describiesen su posición en medio de aquellos escombros. Todo tenía el mismo aspecto allí abajo.

—¿Dónde, maldita sea?

Pero para entonces el vecino ya había disparado. Barnes observó con horror cómo el cohete se acercaba sigilosamente desde el suelo y golpeaba la parte posterior del Jayhawk justo por delante del rotor trasero. El helicóptero se sacudió, como un hombre que carga con un paquete pesado que de pronto se desequilibra, e inmediatamente comenzó a vomitar un humo negro y denso.

—Delta Uno-Seis, me han alcanzado.

—Ese hijo de puta tiene un RPG —gritó el otro piloto del Escuadrón H.

Elevó su helicóptero y lo hizo girar en contra de las agujas del reloj para colocar su artillería en posición.